

LA DESPEDIDA

Diego VALADÉS

Jorge y yo mantuvimos una comunicación intensa, fluida, continua, a lo largo de décadas. Cuando él o yo vivimos fuera de la ciudad de México, esa comunicación no se interrumpió. Por lo general se producía los domingos. Fueron raros los fines de semana que faltamos a la cita.

Nuestros temas eran, casi en ese orden, noticias personales y familiares, amigos comunes, país. Al final, nuestro trabajo de investigación en el Instituto. Era una especie de orden del día forjada en el curso del tiempo que se producía de manera espontánea. Nunca un desabrimiento, siempre afecto fraternal, comprensión, interés por el otro.

Para Patricia, mi esposa, y para José Diego, Jimena y Sofía, mis hijos, Jorge era un referente natural. Con frecuencia en la sobremesa familiar aparecía el nombre de Jorge, a manera de testigo virtual, y se inquiría acerca de qué opinaría Jorge sobre el asunto tratado por nosotros.

Jorge formaba parte de nuestros invitados habituales a casa, como nosotros lo éramos en la suya. Muchas veces departíamos con otros amigos, pero de tanto en tanto teníamos *bilaterales*, sin otra compañía que la familiar. Era la continuación en persona de nuestros diálogos telefónicos dominicales.

La ventaja de nuestras comidas (las preferíamos a cenar) era que además de la conversación podíamos disfrutar, sobre todo cuando eran en su casa y nos consentía Mary Quiterio, de suculentos platillos. El rito de la comensalidad fue uno de los más apreciados por Jorge.

Cuando Patricia y yo nos casamos, Jorge nos acompañó, al igual que el maestro Héctor Fix-Zamudio. Yo fui ateo precoz. A poco de hacer la primera comunión, a los diez años de edad, dejé de creer. Fue esa mi última misa como creyente. Patricia, en cambio, era agnóstica, si bien por condescender con sus padres, practicantes inveterados, planteó que nos casáramos conforme al rito católico. De manera suave, el tema religioso desapareció hasta de nuestras conversaciones, y solo resurgió cuando nació José Diego, a los tres años del matrimonio. Acordamos que no lo bautizaríamos y que dejaríamos esa decisión a lo que él mismo decidiera, cuando fuera consciente.

Lo mismo hicimos cuando a los tres y a los nueve años siguientes llegaron Jimena y Sofía.

Mis hijos tuvieron completa libertad en el ámbito doméstico. Jimena se interesó a tal punto en el fenómeno religioso, que hizo un viaje a alguna de las multitudinarias reuniones convocadas con motivo de la visita papal en 1990. Por esas mismas fechas propuso hacer su comunión y eligió como padrino a Jorge. De ahí en adelante ella y su padrino mantuvieron una comunicación cercana, llena de cariño, y Jorge la incluyó entre sus legatarios, dejándole un hermoso jarrón de porcelana. Así fue nuestra relación. Alejada de lo convencional. Espontánea. Así la intuyeron mis hijos, para quienes la presencia de Jorge estuvo siempre asociada desde sus primeros recuerdos.

Conversamos largo el domingo 25 de marzo de 2012. Aludimos a los esperados días de trabajo a los que dedicaríamos la semana de asueto que se avecinaba. Él la combinaría con la recuperación de una operación menor a la que se sometería el viernes 30. El jueves 29 hablamos brevemente. Inquirí por la hora de la operación y quedé en visitarlo pasadas las dos de la tarde, porque antes tendría que dar una entrevista al canal 22 sobre eutanasia, un tema que a ambos nos interesaba. Unos años antes habíamos publicado un libro en el que Jorge escribió sobre el aborto y yo sobre el fin de la vida. Le ofrecí, además, llevarle un par de películas para el fin de semana en el hospital, pues yo viajaría a Nueva York el sábado por la mañana. Aceptó, con el encargo de que fuera alguna comedia. Ambos reímos y nos despedimos. Sí. Fue la despedida.

En los términos previstos, tan pronto como terminé de grabar la entrevista en el Instituto de Investigaciones Jurídicas, me trasladé al hospital. Subí directamente a la habitación con la esperanza de encontrarlo ya ahí. En el momento en que iba a tocar a la puerta, se abrió y apareció, demudado, uno de sus ayudantes. No recuerdo lo que me dijo que lo había llevado a la habitación porque su solo aspecto me turbó, y sobre todo el comentario de que algo se había complicado. No dijo más. Bajamos al quirófano y encontré a Carlos Carpizo, a Mary Quiterio y a Enrique Carpizo en el momento en que el médico les daba la estremecedora noticia de que Jorge había fallecido por un choque anafiláctico. Carlos y yo nos estrechamos en un abrazo, confundidos por el dolor, por el desconcierto que ocasiona lo inesperado, por la tragedia que siega una vida que estaba en el cenit.

Sufrió la obligación de dar aviso a mi esposa; a Héctor Fix-Fierro le pedí que informara a mi maestro porque yo no me atreví a hacerlo. Hablé con otro par de amigos y me desplomé al lado de Carlos mientras los trámites mortuorios seguían su curso. A poco llegaron el rector José Narro, el abogado general, Luis Raúl González Pérez, y Alfonso Navarrete. En la sala

contigua al quirófano de la fatalidad ni siquiera intentamos un consuelo imposible.

Patricia y yo suspendimos el viaje programado y al día siguiente asistimos a la inolvidable despedida que le tributó la Universidad, *su Universidad*, en las conmovedoras palabras del rector.

Siempre previsor, cuando iba de viaje largo o se sometía a algún tratamiento médico, Jorge dejó detalladas instrucciones para proceder en el caso de su deceso. A mí me las refirió con detalle el domingo 25. No me produjo extrañeza, porque no era la primera vez que lo hacía, y más bien le di la razón y ofrecí seguir su ejemplo en casos semejantes. En su voz no había signo alguno de preocupación; se trataba solo de un acto más de congruencia metódica y de realismo vital. El tema de la muerte no lo inquietaba. Para él lo inquietante era la vida en su dimensión de injusticia y de inequidad.

Un abrazo telefónico, una amable carcajada y un cordial ¡hasta mañana! fue la despedida. Ninguna pudo ser mejor.